

Leonel Eduardo Padilla

Progreso del saber, epistemología y valores

Resumen: *A partir del supuesto de que sujeto y objetos se encuentran en una misma dimensión ontológica, se sostiene que la ciencia en sus aproximaciones perfectibles, alcanza la realidad aunque no en su plenitud. Por lo tanto, después de abandonar errores, se logra alcanzar verdades parciales.*

Palabras claves: *Verdad. Realismo. Convencionalismo.*

Abstract: *Assuming the supposition that subject and objects take part in the same ontological dimension, it is claimed that science reaches reality, but not the plenitude of reality. Therefore, after abandoning errors, partial truths are acquired.*

Keywords: *Truth. Realism. Conventionalism.*

1. Problemática

El avance y la mejora del conocimiento de los diversos aspectos y realidades del mundo, todo lo que es un perfeccionamiento de un conocimiento limitado y confuso hacia una comprensión y explicación mejor elaborada y más confiable, presenta algunas dificultades epistemológicas que aquí me propongo abordar. Una de esas dificultades se presenta en relación con el realismo. Si los emprendimientos de investigación científica se precian de competencia para corregir errores y para avanzar desde una concepción confusa y dudosa hasta un saber más firme y confiable, ¿cuál es la garantía de que el saber tenido por bueno hoy lo seguirá siendo en el futuro? Hay otro componente de la problemática, el referido a los

avances e innovaciones en los marcos teóricos que implican drásticos cambios de perspectiva y transformación en la concepción del objeto bajo estudio. Aquí ocurre no un incremento del saber sino una substitución del marco teórico que se tenía por un saber firme por otro diferente. El carácter perfectible de la ciencia y los incrementos de información sobre los campos bajo estudio, dan como resultado indeseable argumentos en pro del escepticismo y contra el realismo y contra el supuesto valorativo según el cual la ciencia se propone alcanzar la verdad.

2. Convencionalismo o realismo

El carácter aporético de esas dificultades ha dado paso a diversas formulaciones para tratar de darles solución, muchas de las cuales lamentablemente están reñidas con una interpretación realista de las teorías y los cometidos de la ciencia. El fenomenalismo es la más extremista de ellas, pues comienza por descalificar la percepción como medio de verificación al reducirla a datos sensoriales (*sense data* subjetivos), que no guardan relación ontológica semántica con el mundo exterior u objeto bajo estudio. El mismo Rudolf Carnap al proponerse la construcción lógica del mundo, considera que los lenguajes naturales y científicos tienen correlatos objetuales en sus semánticas y que más allá de eso es prohibido indagar sobre qué puedan ser las cosas. En consideraciones semejantes se pierden los filósofos lingüistas. Por ejemplo, George Edward Moore presenta el siguiente argumento: ¿Cuando vemos una mano, qué se nos revela? Su forma y la superficie lisa de la piel. Pero si se la observa a través de un microscopio, lo observado cambiará drásticamente,

el *sense datum* será muy diferente: una epidermis irregular, con enormes túmulos de poros y otras formaciones epiteliales. Por lo tanto, afirman, la percepción del mismo objeto no presenta las mismas impresiones. Podríamos añadir que si se observa la mano con rayos X, lo percibido sería bastante diferente. A esto podríamos sumar otros casos: Si contemplamos el planeta Júpiter o Marte a simple vista, es tan solo una estrella, pero si los vemos con unos binoculares o con un telescopio, se pueden ver sus lunas. Héctor Neri Castañeda presenta otro ejemplo, nos dice que recorriendo en auto una colina boscosa con una colega, que detuvieron la marcha y la amiga señalándole un punto blanco en lontananza, le dijo esa es mi casa. Entonces se pregunta Castañeda: ¿significa eso que su colega vive en un punto blanco?

En los primeros casos a mi juicio, es patente el carácter inadmisibles de deducir escepticismo de la percepción dual. Castañeda por su parte afirma que la infinidad de rasgos o “guisas” de un objeto no tiene por qué dar lugar a inferencias absurdas. Desde una perspectiva realista ni las variaciones de la percepción, ni el entrenamiento requerido para comprender información procedente de instrumentos que la magnifican o a través de los cuales se tiene acceso a dimensiones imposibles de registrar por otra vía, ni tampoco el avance y consolidación del conocimiento son fuente válida para la descalificación escéptica del saber común sobre el entorno ni mucho menos del que nos da la ciencia.

Si nos damos cuenta de la enorme magnitud de lo desconocido en proporción a los fragmentarios dominios en los que se tiene alguna información, podemos reconocer el acierto de la tesis ontológica de Nicolai Hartmann según la cual todo objeto conocido es solamente una parte de un ser abarcador mucho más amplio.

Por otra parte, la información que se expande e incrementa, así como los marcos teóricos que se perfeccionan o reemplazan por otros de mayor alcance y poder explicativo, de ninguna manera admiten inferencias válidas o argumentos para afirmar que no se sabe nada y que la ciencia no produce verdad. Lo cierto es todo lo contrario, a mayor riqueza del conocimiento y profundidad teórica, se adquiere una más sólida garantía del saber así alcanzado.

Veamos algunos elementos para apoyar estas tesis. Tradicionalmente se conoce la diferencia entre lo aparente y lo sustantivo que no es tan presente de inmediato a la experiencia. Todo objeto de conocimiento, aquello a lo que en las lenguas naturales se alude con los vocablos y conceptos, lo alcanzamos en dos fases: la primera es una simple denotación semántica, la identificación de un objeto por la aplicación de un vocablo idiomático. La persona se percata de la existencia de esa cosa por medio del idioma. ¿Qué sabe de la entidad nombrada? Nada; solamente que está ahí. En la segunda fase o momento de la cognición, siempre que medie un interés, se adquiere alguna información, se describen propiedades del objeto. Este procedimiento puede ampliarse casi indefinidamente, según lo que sea el objeto y el interés. Esta característica de las lenguas naturales está indicando la situación similar que se presenta en la indagación científica, el paso desde una simple percatación, desde una clasificación de datos con un orden enteramente artificial, hasta la formulación de conjeturas, de supuestos que pretenden decir por qué son las cosas, cómo son, hasta teorías e hipótesis verificadas que dejan atrás la ignorancia sobre un objeto. Naturalmente, el progreso del saber en las ciencias es por ensayo y error, por acercamientos tentativos, lo que va dando información parcial, características que pueden ser mal interpretadas, error que se corrige con el avance del saber, cuando nuevos marcos teóricos van permitiendo alcanzar un mejor entendimiento. Ahora bien, cuando se trata de explicar filosóficamente cómo y por qué cambian las teorías, hay algunos autores prominentes que han propuesto ideas para ayudar a comprender y a efectuar una buena práctica de investigación. Así, tenemos el logicismo empirista de Carnap, los juegos del lenguaje de Wittgenstein, el racionalismo crítico de Popper, y la pragmática trascendental de Apel, entre otros. Es importante señalar que hay una diferencia entre el enfoque epistemológico y la historia de la ciencia. Esta última describe posturas, ejercicio de autoridad y opiniones de la elite del campo científico bajo estudio. En cambio, el examen epistemológico se propone aportar criterios evaluativos, metódicos, para discernir entre una teoría aceptable y otra que no lo es. El estudio filosófico es *post hoc*,

sólo se formula después del estudio de las controversias científicas. Por este motivo cuando se refiere a acontecimientos y controversias científicas de gran relevancia, hace lo que se ha llamado una “reconstrucción racional”. Por tal cosa cabe entender precisiones explicativo-normativas, las cuales, en forma amplia, destacan la racionalidad, mayor o menormente manifiesta en los argumentos teóricos.

Para comprender filosóficamente los motivos que conducen al progreso del conocimiento, no basta con hacer el registro ordenado cronológicamente de diversos hitos y los personajes cuyos trabajos “hicieron historia”, sino que además el análisis filosófico se propone destacar las razones que generan y consolidan un cambio. Thomas Kuhn, por ejemplo, presenta el caso del descubrimiento del oxígeno atribuido a Lavoisier, en un momento de la historia de la ciencia en el que prevalecía una teoría que contemplaba la existencia de una substancia, “el flogisto”, la cual se entendía como la causa del calor de los cuerpos. De modo que el científico Priestley, como resultado de sus experimentos con gases calentados, produjo aire desflogistizado a lo que posteriormente Lavoisier identificó como un elemento al que llamó oxígeno. Este caso de cambio conceptual ilustra cómo se pasa desde un momento en el que se ha hecho el descubrimiento de “algo”, que es contemplado conforme con un marco teórico viejo y erróneo, hasta un saber que fue ganando en precisión hasta la actualidad, cuando se entiende perfectamente de qué se trata.

A este propósito podemos preguntar: ¿Cómo se conserva en ese ejemplo el valor de verdad? La inicial referencia del vocablo apuntaba a un algo desconocido, cuya descripción posterior reveló con certeza su naturaleza. La verdad de ese saber es patente; ninguna imaginaria ciencia del futuro va a descalificar nunca esto que hoy se entiende como enteramente verdadero, sin ninguna duda.

Sobre el concepto “verdad” hay estudios filosóficos que han permitido aclararlo un tanto. Rudolf Carnap, connotado portavoz del positivismo lógico, sostuvo una concepción empirista del significado y, por tanto, de la verdad. Pero se vio obligado a abandonarla para sostener una teoría de congruencia con el discurso sobre lo ya aceptado, y dado por verdadero.

Karl Popper, por su parte, sostiene que la verdad solo se alcanza sometiendo a prueba crítica una hipótesis o una teoría conjetural y cuando ellas han sobrellevado con éxito esa prueba. Naturalmente, todo en la ciencia marcha con observaciones y/o experimentos controlados, componentes estructurales que nos conducen a reparar en otro elemento de interpretación de la empresa científica: el realismo. Una concepción realista del mundo es un presupuesto ontológico de toda investigación científica. Pero las dificultades de la investigación básica y de las transformaciones radicales, cuando estas se dan, hacen vacilar a científicos y epistemólogos. Así, Chalmers incurre en el error de incongruencia y hasta contradicción al sostener lo que él llama un “realismo no representativo”. Se puede coincidir con él en la afirmación de que un modelo teórico de alta abstracción y complejidad no indica “sucesos o cosas” del entorno cotidiano, sino leyes tendenciales, pero argumentar en contra de la interpretación que Popper hace de Alfred Tarski en lo tocante a la verdad, es una inferencia equivocada. Tarski construyó una formalización analítico-tautológica para separar los niveles de discurso, lo que permite distinguir cuándo el objeto referido es la proposición léxica y cuándo refiere a una entidad del entorno ontológico. Mediante ese dispositivo formal de Tarski elimina la paradoja del mentiroso, pero la referencia de los idiomas naturales y de la ciencia cuando hace una descripción cuantitativa de segmentos del entorno, solo puede ser el mundo, la realidad; y no pseudoobjetos inmanentes al sujeto. Por eso, León Olivé afirma que “debe haber una conexión causal entre la realidad y las proposiciones o las teorías que pretenden expresar conocimiento de esa realidad. Y esto es suponer que la realidad existe como condición de posibilidad del conocimiento”.¹

Ahora, retornemos a la diferencia entre historia de la ciencia y epistemología. Thomas Kuhn en su célebre libro sobre las revoluciones científicas, sostiene que el conjunto de elementos que articulan una matriz disciplinaria –las teorías, los métodos, las creencias, las prácticas rutinarias para intentar resolver problemas– orientan la práctica investigativa y condicionan lo que se espera encontrar. Todas estas actividades son homogéneas, en el sentido de ser prácticas de los sujetos

cognitivos, son “transferibles” unas por otras. Al conjunto de todas ellas, Kuhn lo llama paradigma. Se trata por tanto de modelos estándar para el ejercicio de una práctica investigativa. Cuando los paradigmas además de ser ampliamente aceptados facilitan el logro de buenos resultados para encontrar coherencia y ampliar el saber, entonces estamos ante una ciencia normal. Cuando el paradigma comienza a plagarse de contradicciones y resultados insatisfactorios, se estará ante una crisis, de la que cabe esperar un nuevo saber, una transformación teórica.

A este respecto, el filósofo mexicano Luis Villoro ha precisado que el compromiso en la toma de decisiones referidas a la vigencia de una teoría, corresponde a los expertos. La subcultura de especialistas agrupados bajo un “paradigma” kuhniano forma una “comunidad epistémica”. Ella queda así integrada por personas cuya formación, especialidad y experiencia les da la categoría de “sujetos epistémicos pertinentes.” Las personas de ese oficio conducen programas de investigación, más o menos explícitos, según la aceptación mayormente consensuada que haya generado una teoría. Pero además, sostiene Villoro, deben contar con elementos de juicio y saberes disponibles en su circunstancia y momento histórico. Esta cláusula es de gran importancia, porque tenerla en cuenta evita el error de juzgar el pasado conforme al saber del presente. La problemática que Kuhn pone de relieve y a partir de la cual su descripción ha resultado polémica y recibido críticas, es, por tanto, la referida a los motivos o razones para que tenga lugar una revolución científica. Kuhn menciona varias razones internas al campo de la especialidad, que son enteramente válidas. Así por ejemplo, en el surgimiento de la revolución de Copérnico, el procedimiento matemático para explicar los movimientos del Sol y las estrellas planetarias era sumamente complicado según la teoría geocéntrica de Ptolomeo. Por ello su propuesta heliocéntrica, aunque interpretada de acuerdo con una convención instrumentalista, tuvo acogida entre los trabajadores teóricos de la materia, es decir, los astrónomos, aunque desafiaba al sentido común y al poder, en sus sacrosantas doctrinas oficiales.

En el caso de la teoría de la relatividad de Einstein, el campo de la controversia es muy diferente. Se refiere a la escasa o nula compatibilidad

con la teoría de Newton. Según Kuhn y Feyera-bend, hay una inconmensurabilidad entre ambas, pero según otra perspectiva, como la de Bunge, no es así; hay una congruencia racional y continuidad entre una y la otra.

Comparto este punto de vista, me parece que sí hay compatibilidad entre la física clásica y la relatividad. Así por ejemplo, las leyes del movimiento y el concepto de masa de Newton funcionan en la dimensión de la experiencia humana. Un aeroplano, un auto, un cohete espacial, no pierden masa con la velocidad de su desplazamiento. Se han dado muchas otras transformaciones con carácter de pequeñas “revoluciones” científicas, como la construcción de la tabla periódica de los elementos en relación con la concepción de las sustancias en la química que la precedió. Pero el meollo de la controversia sobre los planteamientos de Kuhn se refiere a la presentación que hace de los factores aducidos para que se produzcan cambios de paradigma, es decir, para que se dé una revolución científica.

A este respecto, como ya se indicó líneas atrás, la crítica a Kuhn le reprocha hacer tan solo una descripción sociológica de élites académicas que tienen la autoridad para defender sus programas de investigación y para aceptar o no propuestas teóricas nuevas.

De esta suerte lo único que puede hacer un científico normal o un principiante es guiarse por lo que la élite hace y piensa. Los elementos de juicio por ser tomados en cuenta son solamente el ejemplo de autoridad del poder académico. En resumidas cuentas, la descripción histórico-sociológica no puede dar orientación metódica y por tanto se ha hecho objeto de la crítica de ser carente de racionalidad epistémica. Hempel en una crítica a Kuhn, afirma que su posición es “para-racional”, indicando con ello que apunta a la racionalidad, por no serlo plenamente. ¿Pero de qué racionalidad se está tratando? De las reconstrucciones formuladas por epistemólogos. Es menester reparar en un enfoque diferente del presentado hasta aquí. Kuhn argumenta como científico al examinar la historia interna de su disciplina y si bien no se atreve a formular reglas metódicas refiriéndose tan solo a la noción imprecisa y polisémica de paradigma, defiende su punto de vista afirmando que la complejidad de las decisiones cognitivas en

ciencia no es susceptible de comprenderse bajo el criterio de las epistemologías. Por tanto su actitud es abiertamente polémica.

La filosofía de la ciencia nunca se ha propuesto dar instrucciones a los científicos, en el sentido de decirles qué deben hacer y cómo deben hacerlo. Es un examen de los saberes sobre el mundo que da la ciencia y de cómo han llegado a ser lo que son. Por supuesto, estas indagaciones son conducidas poniendo de relieve la racionalidad implícita o manifiesta que opera en ellas, lo que es enteramente comprensible, porque las ciencias proceden de la filosofía y comparten con ella el *logos* helénico.

Kuhn expresa cierto desdén ante los experimentos cruciales que Popper presenta como paradigma de la buena ciencia. El eclipse solar que dio apoyo a la teoría según la cual una gran masa gravitatoria produce una curvatura del espacio a su alrededor, alterando la paralaje y localización perceptiva de las estrellas del marco de fondo. Este ejemplo no es mayormente significativo para Kuhn. Así, afirma: “[N]o existen reglas de obligatoriedad general que fuercen la selección entre teorías únicamente sobre bases de la experimentación y la lógica”.² Afirmaciones taxativas como esta, conducen a Hempel a sostener que según Kuhn, “[l]a selección de una teoría es presentada categóricamente como resultado de las decisiones de un grupo de personas sin que estén determinadas por reglas de procedimientos racionales del tipo que el empirismo analítico vislumbraría”.³

Una racionalidad amplia, referida a una cultura, a una colectividad y aún para la humanidad en su conjunto, sí puede concebirse y hacerse explícita en líneas generales. Con base en ese criterio y en algunos otros elementos axiológicos, se puede juzgar, por ejemplo, del valor de la ciencia en sociedades neoliberales, capitalistas, conservadoras, aunque tecnológicamente avanzadas; así como eventualmente reencauzar sus políticas de investigación ahí donde sea requerido. Pero en lo tocante a la epistemología y a la historia interna de las ciencias y su progreso, basta con recurrir tan solo a una racionalidad instrumental, aquella que se refiere a los medios para alcanzar un fin, un objetivo o una meta. De acuerdo con las metas cognitivas y el valor de verdad que pretenda alcanzar un programa de investigación, se podrá

juzgar y valorar una práctica científica. Con respecto del fin de la ciencia, Hempel afirma que “uno de los objetivos de la investigación científica pura es, en general, construir una forma, confiable e intersubjetivamente comunicable, de dar cuenta y razón del mundo, con la cual se describan varios hechos particulares, y se obtengan predicciones y explicaciones correctas”.⁴

En relación con este fin, no parece poder precisarse con la deseada claridad un conjunto explícito de criterios, aunque sí tan solo una panorámica general, que es justamente lo que hace Kuhn. Pero es posible al menos hacer referencia a la normativa ética, a los supuestos axiológicos de la práctica cognitiva.

El conjunto de características metodológicas que Hempel presenta como explicativo-normativas cuyo cumplimiento permite hacer una selección racional de teorías, no puede ser nunca exhaustivo, ya que en cada caso particular en donde se presente la disyunción, deben tomarse en cuenta los elementos causales particulares de cada problemática. “Las normas de selección entre hipótesis o teorías tienen que depender de tales supuestos generales acerca de la estructura causal o de la articulación básica y el grado de ordenamiento del mundo”.⁵ Las recomendaciones prescriptivas tienen que ser racionalmente funcionales para con las metas cognitivas, esto es, deben ser pragmáticamente orientadoras para adecuar los medios a esos fines.

Cuando Kuhn y Lakatos se refieren a elementos socio-históricos, al comportamiento presumible de los sujetos epistémicos pertinentes, se abandona el campo de la propuesta criterial formal, pero ese contexto de descubrimiento y de práctica teórica, esa pragmática para el entendimiento y la comprensión, cuando son bien entendidas pueden complementar adecuadamente la perspectiva de la argumentación deductiva. Por otra parte, tomar en cuenta lo concreto y circunstancial, de ninguna manera tiene por qué encaminar a la ciencia al relativismo ni a renunciar a sus métodos racionalistas, ni a abdicar de su intención cognitiva, como pretendió Feyerabend. En resumidas cuentas, la controversia entre Kuhn y algunas escuelas epistemológicas, podemos expresarlas como sigue. El racionalismo crítico de Popper sostiene que el significado de los modelos,

hipótesis y teorías científicas no debe buscarse en las llamadas verificaciones empíricas, sino exclusivamente en el un tanto, en apariencia, paradójico procedimiento de confirmación indirecta, llamado “falsabilidad en principio” y que consiste en que descripciones causales y nomotéticas han soportado la prueba de observación y experiencia, habiendo salido de ellas sin resultados adversos. Esta regla es aplicable a hipótesis que precisen con toda exactitud cuantitativa el resultado que se obtendrá. Pero cuando ya no se tiene en consideración una hipótesis aislada sino un conjunto de prognosis hipotéticas, entonces el fallo de algunas no conducirá a descalificar la totalidad de un programa de investigación, sino solo a la corrección de alguno de sus componentes. En todo caso sigue teniendo vigencia la demarcación entre proposiciones contrastables y por lo tanto científicas y las que no lo son, y que caen en la categoría de pseudociencia.

Ahora bien, en relación con la introducción de cambios substantivos, aquellos que se refieren a conceptos y leyes que articulan procesos, la nueva concepción es igualmente contrastable mediante un experimento crucial. Además, estará dotada de tanto mayor fortaleza epistémica, cuanto la prognosis o los resultados que anuncie sean de mayor improbabilidad y de mayor precisión descriptiva.

En unas cuantas palabras, este es el planteamiento del racionalismo crítico de Popper. La epistemología de Imre Lakatos pone bajo el foco de su atención ese conjunto de actividades que caen bajo la noción “paradigma” y, haciendo una continuación y ampliación de las consideraciones de Kuhn, propone que las ciencias se manejan más bien con programas de investigación, los cuales presentan algunas propiedades cuyo análisis ayuda a comprenderlos y evaluarlos. Así, están compuestos por un núcleo de tesis y afirmaciones eminentemente ontológicas, esto es, referidas al ser o naturaleza del campo bajo estudio, así como de un conjunto de supuestos y consideraciones secundarias y cambiantes que son las que protegen al núcleo y las que tratan de ampliarlo y consolidarlo. Las prácticas inquisitivas así contempladas, a su vez, pueden adquirir un carácter progresivo o regresivo; según que logren hacer avanzar el conocimiento buscado

o caigan en un estancamiento o regresión, en la perplejidad y el desorden.

Lakatos en menor medida, pero Kuhn y el extremista Feyerabend abandonan a Popper para recurrir a la historia y a la sociología de la ciencia.

Esta alternativa a pesar de su novedoso punto de vista en muchos aspectos enriquecedor, ha tomado dos direcciones equivocadas: una, la epistemología anarquista de Feyerabend; la otra, la “sociología de la ciencia” que se comporta como una pseudociencia y desprestigia a los estudios en este campo. Al parecer, como esta escuela historicista no puede saber cómo se valora y por qué se cambia una teoría, se propone encontrar la causa externa de ese problema. Muy fácil, la “sociología de la ciencia” dará las causas externas también de los aciertos en la ciencia y por tanto se podrán alcanzar siempre esos éxitos en lo sucesivo. La absurda tesis de David Bloor, que se reclama seguidor de Kuhn, tiene como punto de partida un resentimiento pueril: suele ocurrir que se afirme que un error en ciencia puede deberse a una causa social; entonces, se pregunta Bloor, ¿por qué sólo los errores y no los aciertos? Pues bien, entonces las teorías que ganan aceptación y se toman como correctas también han de tener una causa externa social que su “sociología de la ciencia” mostrará.

Estos extravíos, tan corrientes en el clima postmoderno contemporáneo, deben dejarse de lado. Hay otros programas epistémicos para alcanzar una toma de decisión racional, señalando procedimientos ético-normativos cuasi trascendentales.

Estos nuevos campos de indagación van a investigar lo que suele ser mencionado como declaraciones protocolares, metalenguajes y normativas propias del *ethos* de la ciencia. Todo esto se ha comenzado a examinar en el programa de investigación de la interacción comunicativa de Habermas. A mi parecer, sí llegarán a ser comúnmente aceptadas, en un manejo claro y adaptado a la naturaleza de los problemas epistémicos precisos, como el que ha quedado pendiente en los análisis de Kuhn y Hempel; podrían prestar auxilio a la tarea de precisar valorativamente el problema de la innovación teórica. Esta, en algunos casos, conserva la congruencia con algunos elementos de los marcos conceptuales desplazados. Al menos, el enfoque

desde la acción comunicativa o la pragmática trascendental, me parece que puede dar un mejor resultado que la teoría de los juegos y de la decisión, que en epistemología fracasan deplorablemente.

Finalmente, reitero en un resumen algunas de las ideas que me parecen más importantes para comprender el desarrollo y el progreso del conocimiento. La ciencia puede alcanzar la verdad. Los modelos formalizados pueden representar relaciones biunívocas con procesos observables directa o indirectamente; la investigación puede acercarse a una descripción verdadera del mundo objetivo y llegar a ella en segmentos y recortes separados. Esta afirmación presupone un concepto realista de “verdad”, como la interpretación hecha por Popper del estudio lógico de Tarski, por medio del cual se puede afirmar la verdad de un acierto sometiendo la proposición o el enunciado a un marco tautológico, que sirve para eliminar las paradojas y distinguir el nivel del discurso del metadiscurso: así, por ejemplo, la afirmación “la confluencia de la fuerza gravitatoria de la Tierra con la Luna, es causa de que la rotación lunar sea permanentemente sincronizada con la de la Tierra”, será verdadera si y solamente si es un hecho que la fuerza gravitatoria de los dos cuerpos celestes provoca permanentemente en realidad la sincronización de ambos movimientos rotatorios. Esto quiere decir que la verdad es la *adaequatio intellectus ad rem*, el apuntar directo de nuestra simbología idiomática y conceptual científica a los objetos que menciona, describe y explica. Por supuesto, esto sólo puede sostenerse en el marco de una concepción realista que presupone la absoluta inmersión en el Ser circundante, de todas las personas, así como de sus facultades cognitivas, en el organismo biológico del que son solo una parte. El programa filosófico realista se aparta del encierro en la subjetividad del cual parte la mayoría de estudios contemporáneos sobre la verdad. Tal y como lo expresa Popper: las teorías rivales de la correspondencia –a saber, la teoría de la coherencia que confunde la consistencia con la verdad, la teoría de la evidencia que confunde “verdadero” con “conocido como verdadero” y la teoría pragmatista o instrumentalista que confunde la utilidad con la verdad– son toda ellas subjetivistas”.⁶

Esto significa que, como dice Popper, parten de un dogma según el cual el conocimiento es

una creencia, un tipo de contenido mental que se distingue del resto por algunos signos que nos hacen creerlo algo especial, pero si de hecho estamos inmersos en una realidad de la que formamos parte y que nos circunda, cuando conocemos con verdad tendremos un saber cierto, porque el pensamiento pertenece por entero a la realidad biológica de la que es tan solo una expresión. Esto ocurre por considerar a la “teoría del conocimiento” y a la praxis cognitiva, enteramente aisladas de la realidad. Por el contrario, la mente cognitiva se encuentra totalmente integrada en una realidad de la que es solamente una parte, y con la cual la persona tiene un conjunto amplio de intercambios y acciones intencionales, además de la cognitiva.

Los filósofos analíticos suelen extraviarse en la falacia logicista que los torna incapaces de escapar de la vieja aporía que define el acto cognitivo con solo tres componentes: el sujeto, el objeto y la imagen del segundo en el primero. La dificultad de este esquema tan rudimentario es que no se puede encontrar un tercer punto de vista que sirva para cotejar la imagen del objeto en el sujeto. Aquí podemos reparar en un elemento de juicio un tanto ignorado. ¿La representación del ente en el sujeto, está solamente ahí, prisionera en los neuroenogramas cerebrales? No; de ninguna manera. El saber también existe objetivado en las bibliotecas y otros centros de almacenamiento informático objetivos. Además de la objetividad epistémica existe por lo tanto el saber objetivo en los instrumentos materiales de la cultura. Finalmente, en relación con la relación entre ciencia y valores, me parece que la verdad es el valor regulativo y también constitutivo del *ethos* científico, pero además la práctica científica, como una institución, debe orientarse al bienestar de la humanidad.

Notas

1. León Olivé, 1979, 144.
2. Thomas S. Kuhn, 1972.
3. Carl Gustav Hempel, 1979.
4. Carl Gustav Hempel, 1979.
5. Carl Gustav Hempel, 1979.
6. Karl R. Popper, 1994.

Referencias

- AA. VV. (1979). *La filosofía y las revoluciones científicas*. México, D. F.: Editorial Grijalbo.
- Kuhn, Thomas S. (1972). *La estructura de las revoluciones científicas*. México, D. F.: Fondo de Cultura Económica.
- Olivé, León (compilador). (1994). *La explicación social del conocimiento*. México, D. F.: Universidad Nacional Autónoma de México.
- Popper, Karl Raimund. (1994). *Conjeturas y refutaciones. El desarrollo del conocimiento científico*. Barcelona: Paidós.
- Leonel Eduardo Padilla.** Profesor jubilado de la Universidad de San Carlos de Guatemala.
Egresado de la Universidad Nacional Autónoma de México. Doctorado en la Universidad de París.

Recibido: el miércoles 16 de diciembre de 2015.
Aprobado: el jueves 7 de enero de 2016.